

Original

SUBSECRETARÍA DE SALUD PÚBLICA
1997

DESEO Y GOCE EN LA HISTERIA

Catherine MILLOT

Voy a hablar de la histeria, mostrando cómo se puede articular la problemática histérica con la cuestión del deseo y del goce- trabajo que realicé a partir de una relectura de los seminarios de Lacan. Hay que notar que en la época del "Seminario de las formaciones del inconciente", Lacan articulaba la cuestión de las estructuras neuróticas con la problemática del deseo, y que ese acento se desplazó en el transcurso de su enseñanza. Si se toma, por ejemplo, otro seminario en donde hay muchas referencias clínicas como el "Seminario de otro al Otro" del 67-68, ahí, las estructuras clínicas: la histeria y la neurosis obsesiva están articuladas con la cuestión del goce. Así, pues, ya existe esa evolución en Lacan, ese desplazamiento de acento. Cuando sitúa la histeria en relación a la cuestión del deseo, lo hace siguiendo el hilo de Freud, en la medida en que el deseo es un concepto freudiano; mientras que lo que articula en cuanto al goce, está ya más separado del concepto freudiano.

En las "Formaciones del inconciente", Lacan parte de un síntoma histérico completamente central en esta estructura, que es el rol que para ella desempeña la insatisfacción o la queja, pero eso corresponde también a una posición totalmente determinada en la histérica, de dejar su lugar de una manera o de otra a la insatisfacción. Es algo que había sido señalado por Freud, se encuentran rastros de eso en su obra sobre la interpretación de los sueños en la que está el famoso sueño de la Bella camicera.

Es el comienzo de la elaboración de Freud, ese momento en que está redactando "la ciencia de los sueños". Participaba de su búsqueda teórica a sus pacientes y a propósito de los sueños, hacia saber que "el sueño era una realización de deseo".

Es entonces que una paciente le dijo: "Es muy linda su teoría, pero tuve un sueño en el que quería dar una cena y finalmente no podía darla porque no tenía más que un poquito de salmón ahumado".

El análisis de este sueño conduce a Freud a plantear que esta paciente, sin que indique que sea generalizable en relación a la histeria, necesita crear un deseo insatisfecho. Se trata ahí en el sueño de no responder a la demanda de su amiga que quería engordar. No voy a hacer engordar a mi amiga - todo esto porque la amiga sería susceptible de gustar al marido, así pues, se trata ahí también de no satisfacer su deseo, de dejarlo insatisfecho. Todo gira alrededor de su relación con el caviar, su marido está dispuesto a darle tanto cuanto ella quiera, pero ella justamente no quiere que él le dé. A la vez a ella le gusta eso, tiene el deseo del caviar pero no lo quiere - eso se amolda igualmente con la relación transferencial a Freud ya que se trata también de no satisfacer a Freud, en cuanto que Freud quiere ver reconocida, confirmada, su teoría del sueño. Todos en este asunto deben quedar insatisfechos.

Lacan retomó las cosas e indica lo siguiente en relación a ese síntoma: El histérico, como todo neurótico, es tomado en una relación de captación a la demanda del otro que lo amenaza de expropiación, de enguillamiento, y la insatisfacción juega el rol de una separación con respecto a esa figura del gran Otro. Eso permite introducir la alteridad allí donde el sujeto está amenazado de ver disuelta esa alteridad.

Lacan articula la necesidad de ese síntoma alrededor de la insatisfacción, a una suerte de carencia de la metáfora paterna en cuanto que la metáfora paterna tiene como función asegurar la separación del niño y de la madre. Si esa separación no es establecida, el deseo del sujeto se encuentra amenazado de precariedad.

El sujeto histérico necesita muletas para sostener su deseo, es decir que ese síntoma de la insatisfacción funciona como una muleta para sostener su propio deseo, pero también para sostener el del Otro.

Tienen ustedes la fórmula de Lacan: "el histérico sostiene su deseo como insatisfecho" que es la traducción de Lacan de la fórmula de Freud: "el histérico necesita crearse un deseo insatisfecho".

Ahí, se trata de hacer jugar el deseo con respecto a la demanda - La demanda, en cierta manera fracasa siempre y el deseo, es ese resto respecto a la demanda - El deseo en esta perspectiva es articulado a la cosa significativa, articulado a lo simbólico como aquello que, en cierta manera, viene siempre más o menos a escapar a lo simbólico.

①

31 U.S.H.P.E.
Clínica de Adultos
193 3

Lacan ulteriormente desplaza ese acento situando al goce como siendo el eje de la estructura: La estructura, en el "Seminario de Otro al Otro" es llevada a la incompletud del Otro, es decir a la incompletud del sistema simbólico. Hay algo en el sistema simbólico que no es simbolizable, es el goce y es en relación a ese término que las estructuras neuróticas van a situarse. Cada estructura particular procede de esa estructura de incompletud de lo simbólico como otros tantos modos de hacerla actuar y sobre todo de tratar de remediar esa incompletud. La insatisfacción en este contexto va a tomar otro estatuto, el de un modo de goce, es decir que no será sólo una forma de sostener su deseo, sino una forma de gozar. Quedar insatisfecho es una forma de gozar. Voy a retomar una fórmula que Lacan adelantó: "El menos de satisfacción, es el plus de goce". Lo que es realmente la paradoja misma, el género de paradoja con el que nos la tenemos que ver en la neurosis y generalmente con el inconsciente.

Se puede ver claramente la vanidad de querer el bien del sujeto, de querer satisfacer al sujeto, ya que su goce, lo encuentra justamente en el menos de satisfacción.

Aquí se puede decir que la insatisfacción, paradójicamente, en la histeria, tiene como función paliar justamente el defecto estructural del goce. La insatisfacción viene al lugar del goce absoluto como imposible. Es porque el goce absoluto es imposible que la histérica no quiere *nada* más y se aferra a esa nada, a la nada de la insatisfacción. Esa nada viene a representar, por defecto, el goce absoluto, en el sentido en que equivale a ese goce absoluto.

Esta articulación de la insatisfacción y del goce no había pasado inadvertida a Freud: si ustedes se remiten a su correspondencia con Fliess - en el libro "El nacimiento del psicoanálisis" - pueden ver que Freud hablaba del traumatismo inicial en la histeria. Hablaba de él como de un demasiado poco de satisfacción. El encuentro de lo sexual es un encuentro insatisfactorio. Por ese lado, es la queja histérica: hubo demasiado poco y es ese demasiado poco que hace traumatismo, por oposición al exceso encontrado por el obsesivo. Cuesta comprender, al poner en relación el traumatismo con un exceso de satisfacción, cómo la insatisfacción puede funcionar como efracción de la economía psíquica.

Cuando Lacan retoma los casos de la bella camicera y de Dora a partir de esa forma de repensar, de restituir la insatisfacción, indica que la posición pura de la histérica es sobre todo manifestada por Dora, consiste en dejar vacío el lugar de la satisfacción genital, en privarse de ella. Lo que es manifiesto en Dora. Ella deja a la Sra. K. la carga de la relación con el hombre y del goce genital. Lacan indica a propósito de Dora que es precisamente ahí que encuentra su goce, en el hecho de excluirse de la satisfacción genital, de estar en esa relación de privación en la que se sitúa, en el lugar del goce, su propia insatisfacción.

En ese sentido, Lacan retoma el caso de la bella camicera diciendo que es una histérica menos acabada que Dora, en la medida en que la satisfacción genital, ella la tiene con su marido. Ella acantona su insatisfacción en la historia marginal de los sandwiches de caviar mientras que en realidad, encontraría su goce de histérica dejando lo esencial de la satisfacción genital a otra, es decir a su amiga.

Ustedes ven el lado bastante torcido y un poco escandaloso de la cosa - que pudieron escuchar esta tarde. El goce pulsional está justamente en el fallo, está en la pérdida.

Es esta torsión que me gustaría esclarecer hoy.

Hablamos del goce del Otro -con mayúscula- como goce absoluto, del que dije hace un instante, cuando se planteaba la cuestión de saber si era situable antes o después, que funcionaba como causa final de una suerte de proceso de repetición. Proceso que es la misma cosa que la insistencia del deseo y que tiene pues como mira ese establecimiento de la identidad de percepción que la realizaría.

El goce es pues perdido desde siempre y esa tentativa de reencuentro no deja de repetirse. A medida que se repite, más fracasa y cada vez se engendra una pérdida. Es en esa pérdida, esa distancia entre el goce obtenido y el goce intentado, en lo que consiste finalmente el objeto (a).

Entonces, voy a dar el rodeo, para situar a la histérica es importante, de la relación entre los sexos. El histérico es especialmente interrogado por la cuestión de la relación sexual. Para cada sujeto, ese goce del Otro que va a perseguir, que busca, puede ser encarnado por el goce del Otro sexo. Es aquel que de alguna manera habría que ganar, obtener, asegurar.

Esa parte perdida, se trata de reconquistarla. Lacan, en el seminario "De otro al Otro", define la posición femenina con esa búsqueda del goce del Otro sexo; define la posición femenina por el hecho de que una mujer - no digo "la" mujer, no se trata de la mujer, sino de una mujer - va a buscar ganar el goce masculino, digamos en el sentido de asegurar el goce del hombre; y para eso va a apostar una cosa - es como una apuesta, un juego. Para poder ganar una partida, hay que apostar, y la apuesta, como lo demostró Pascal, siempre se pierde. Cuando se cuenta luego, al final de la partida, lo en medio de la partida, si uno se detiene, a lo que cada uno tiene derecho, es siempre sobre la base que las apuestas empeñadas son perdidas - Entonces, la posición femenina, según lo que adelanta Lacan, ya que define una posición femenina, como distinta de una posición histórica - una histórica, no es una mujer-, consiste en empeñar algo, en apostar, en tanto que la apuesta está perdida, como (a) minúscula. Y es a partir de esa apuesta, que va a tratar de conquistar ese goce absoluto del Otro sexo.

Esa parte perdida, esa parte que consiste en perder, es precisamente su feminidad. Lo que Lacan precisó diciendo que es el goce que tiene como mujer, goce que no debe nada al goce que tiene en su relación con el hombre. Así, pues, una suerte de goce que podríamos calificar como auto-suficiente. Les entrego esto así, encuentro esto muy problemático...

Digamos que la manera en la que lo comprendo, es a partir del comentario que Lacan hace del texto de Jones que concierne al Edipo femenino - Es un texto sobre la fase fálica en la mujer traducido al francés en el resumen de sus "Ensayos" en Payot- Jones dice lo siguiente: hay un momento dado en el que la niña debe elegir entre su padre y su sexo: para conservar su sexo debe renunciar a su padre, y si no quiere renunciar a su padre, en ese momento, pierde su sexo, es decir que está obligada a identificarse. No puede conservar al padre como objeto, no puede más que identificarse con el padre y pierde su feminidad.

Lacan retoma esto y dice que va mucho más lejos, por otro lado Jones da identificaciones que van en ese sentido: Una mujer no tiene opción para hacer entre el padre y el sexo, porque de todas formas, tiene que perder a los dos. La posición femenina consiste en perder los dos, en perder a la vez al padre y la feminidad. En cierta manera querer conservar, pretender conservar la feminidad, es ciertamente lo contrario de una posición femenina, es decir que conduce directamente a la homosexualidad femenina; sólo en la homosexualidad femenina la feminidad - el objeto mujer, digamos - la feminidad como objeto de poder, es conservada.

Esto parece extraño. Cuando Lacan dice que una mujer debe consentir en perder la feminidad, puede ser traducido a partir de lo que pudo desarrollar ulteriormente sobre la mujer. Es decir que, para ocupar una posición femenina, aquello a lo cual hay que renunciar, es justamente a esa figura de La mujer. Y eso es algo a lo que la clínica los confronta todo el tiempo, debido a que las mujeres sostienen con tesón a esa figura de La mujer.

Este punto, no voy a desarrollarlo: simplemente Lacan, con respecto a esa posición femenina indica que de todas maneras está destinada al fracaso. La posición femenina que consiste en renunciar a su feminidad, no ganará el goce del Otro. El punto tope al cual llegará esa figura del padre muerto, o del hombre, del amante muerto o castrado - El poder que ella encuentra, ella viene a figurarse, a ser figurada por la muerte del hombre o por su castración. Ahí donde busca, por el lado del hombre, el goce absoluto, lo que no puede sino encontrar, son efectivamente los límites de su goce, imaginariamente figurados por el hombre muerto.

Es a esta puesta en obra de la feminidad, de riesgo y de pérdida de la feminidad, que la histórica se niega. Es algo que Lacan indica - Se puede comentar diciendo que se niega a "jugar el juego". Es bastante sensible en la clínica - y el juego que se niega a jugar, en cierto modo, siempre más o menos - eso fue muy explotado en el marco de los movimientos feministas - es el juego del goce del hombre, es decir el juego del poder fálico.

Ella se hace objetante de conciencia del falicismo. No se puede decir que la histórica no entra en la relación con el goce del hombre. Entra en esa relación, pero se sustrae de él. Es ahí que funciona, se pone en obra ella misma en tanto que objeto (a), va a soportar - con su ser por otra parte - aquello que falta en el goce del hombre, para representar, o para soportar el goce absoluto; es decir que va a soportar lo que falta al goce fálico para ser el goce absoluto. Eso se manifiesta, por ejemplo, por el hecho de que va a proclamar su insatisfacción. El goce fálico, el falicismo no podría en ningún caso satisfacerla y ella se abstrae de eso. Manifiesta de diversas maneras que se sustrae de él. Es su forma también de denunciar el falicismo, la denuncia histórica consiste en subrayar el carácter en falta del goce fálico con respecto al absoluto, sobre el modo de denunciar la impotencia masculina.

Esta sustracción está puesta en práctica totalmente en el caso de Dora.

Así, Dora deja a la Sra. K. arreglárselas con su padre. Ella rechaza absolutamente entrar en el circuito del intercambio y encontrarse en relación, sexualmente, con el Sr. K. Ella se sustrae de esa relación. Es de este modo

UNO-UNO
D. E. A. C. E.

(31)

(2)

139

que hace entrar en función el defecto y que encarna lo que falta al goce del Otro. Ella encarna el límite del goce masculino, lo que es su forma de denunciar el carácter limitado del goce fálico, el lado desafiado poco en consideración al absoluto de un goce que piensa mantener a la vista. La insatisfacción es la manera que tiene de conservar el goce absoluto a la vista, de no consentir en perderlo.

Este límite, es además la castración del hombre como verdad del goce fálico. Y esa verdad, ella la encarna. La castración del hombre o del niño. Es totalmente evidente en su relación con el médico, por ejemplo, en la medida en que se esfuerza por hacer fracasar su poder, denunciando de ese modo sus límites.

Habría querido hacer una referencia - que no voy a desarrollar - a las fórmulas de la sexuación, que encontraré en el seminario "Encore", fórmulas que Lacan llamaba los cuantificadores de la sexuación, donde sitúa el lado hombre como definido, no por lo biológico, sino por el falo. Sitúa el lado hombre, como siendo por completo tomado en la función fálica, por completo sometido a ese asunto del falicismo y de la castración. Con una salvedad: la que corresponde a la función del padre muerto, que es además el padre que prohíbe el incesto.

Ese padre muerto tiene la característica de ser el de "tótem y tabú". Es aquel que ha sido matado por los hijos, aquel que monopolizaba todas las mujeres. El padre muerto es la figura del goce absoluto, es la representación imaginaria del goce absoluto, es decir de todas las mujeres, de un todo, de una totalidad. Pero al mismo tiempo, el hecho de que este muerto designa la dimensión imposible de esa totalidad del goce. Hay algo imposible en que el padre muerto goce, precisamente porque está muerto. Es el punto en el que el goce falta radicalmente. Este punto, Lacan lo formaliza diciendo que es el punto en el que se dice no a la función fálica. Es el punto del que emana lo prohibido del incesto.

Es un punto de excepción que pone límite a la función fálica, y que constituye el conjunto de los hombres como formando una totalidad, como regido por la relación con el todo.

Lo que voy a anticipar, es que la histérica ocupa ese lugar, ese lugar del límite - que pone límite a la función fálica y al mismo tiempo constituye ese fin.

Ella se excluye de ese lugar del goce fálico. Dice no, y al decir no, se reserva ser una mujer de pleno derecho.

Ahí, juego con las palabras -significantes que se encuentran a menudo en las curas. Sobre la parte y sobre el tercero [l'en-tiers]¹. Por ejemplo, Dora está ciertamente a parte de la pareja formada por la Sra. K. y su padre. Es tercera con respecto a esa pareja. Todo gira alrededor de esa báscula, de ese equívoco entre el tercero de ser el tercer término, y además de ser entera, de ser no cortada. En ese sentido, hay una reivindicación de la posición histérica que consiste en no ser quebrantada por aquello que sale de la función fálica.

En cierta manera, es a menudo sensible, la histérica se hace el representante de aquello que, de la mujer, es necesariamente dejado de lado por el goce fálico. Ella manifiesta, por contracción, aquello que de la mujer escapa al hombre; aquello a lo que está enganchada es al fantasma de una esencia intocable, inalcanzable por la vía del goce fálico. El hombre, el goce masculino, no podrían juntarse con las riberas del goce femenino. Eso corresponde, un poco, a las quejas que se oyen a menudo: una mujer puede quejarse, con todo derecho por otra parte, de que el deseo masculino no la concierne, en el sentido en que no es deseada como tal sino siempre por otra cosa que por lo que es. El deseo masculino la sitúa precisamente en ese lugar de objeto (a).

Lacan adelantaba, en cuanto a la posición femenina, que consistía en renunciar a su feminidad, por más que la posición femenina residía en la aceptación de ocupar ese lugar, que no tiene nada que ver con la feminidad - Ese lugar del objeto (a) que es un verdadero desecho- Al mismo tiempo, no siempre es muy soportable. La protesta femenina -para hacer juego ahí con la protesta viril- consiste en el rechazo a consentir a ese juego.

Quisiera ilustrar esta posición con otras figuras clínicas. Por ejemplo, esas pacientes cuya frigidez es verdaderamente puesta en cartel. En el sentido en que aun cuando esa frigidez se presente como sintoma, del que quisieran deshacerse - quisieran verdaderamente, justamente, alcanzar ese orgasmo vaginal tan ponderado - cuando es verdaderamente puesto adelante en la demanda de análisis, me parece que se puede advertir, bastante rápido, que esas pacientes tienen mucho interés en ello, no están dispuestas a ceder en eso.

¹ [En tiers suena como entière : entera.]

Esa frigidez, de la que se ve perfectamente la relación con la insatisfacción en el plano genital. Pienso en una paciente que, al cabo de cierto tiempo, me puso los punitos sobre las íes; me dijo: "no quiero ser curada de ese síntoma de frigidez" - Es en cierta manera para preservar su deseo, para que haya esa falta que le permita desear para preservar también ese lugar del poder absoluto que, para ella, está sostenido por la figura de la Mujer con mayúscula. La frigidez lleva esa función de límite, es decir que es puesta en obra como esa sustracción que viene a poner límite al goce fálico.

Pienso en otra paciente que se quejaba también de frigidez y que decía en sus primeras relaciones sexuales, con el hombre que después fue su esposo, había tenido un orgasmo y se había dicho: "¡nunca más eso!" Era verdaderamente decir no a ese goce en cuanto que se articulaba con el goce del hombre.

Con ese modo particular de decir no a la función fálica se encuentra preservado lo incomenzable de una integridad que está identificada con la femineidad; al mismo tiempo el hombre se siente fracasado en la medida en que se le significa la impotencia del goce fálico a alcanzar las orillas del Otro goce -la castración del hombre es acusada; pero no es el único aspecto de las cosas; su frigidez va acompañada de cierta exaltación de la virilidad del *partenaire* con el modo de: "vuelve a empezar todo el tiempo, no se detiene" etc... Hay pues un nudo particular en ese tipo de pareja en la que generalmente el hombre se satisface muy bien de esa insatisfacción de su *partenaire*, aunque al faltar, ella sostiene su deseo masculino. Ella garantiza al hombre una protección contra la puesta en obra del deseo del Otro, el carácter angustiante del deseo del Otro que pone a prueba el goce femenino. Hay algo como un abismo que se abre en el goce femenino que los hombres no están tan a menudo dispuestos a soportar.

Lo que se observa por otra parte, es que cuando ese síntoma desaparece eventualmente en la cura, no es raro, sino más bien frecuente, que produzca en el *partenaire* el surgimiento de dificultades variables en el ejercicio de su virilidad. Puede tener trastornos de la potencia sexual, eyaculación precoz... Este género de pareja constituye un modo bastante elegante de suplencia a esa relación sexual de la que Lacan decía que no existía. Se tiene, por un lado, una mujer que es tan mujer que no podría ser alcanzada por el goce del hombre. No se compromete con el goce fálico. Y por el otro, se tiene un hombre muy hombre que está asegurado que no hay goce sino fálico. Es decir que muy a menudo eso va acompañado de la convicción de que la mujer no goza, que la femineidad y el goce sexual no son compatibles: no hay goce sino fálico y goce fálico sino viril.- Engendra confusión sin embargo el hecho de que la mujer pueda tener también relación con el goce fálico.

Habría según esta figura, mujeres por un lado y hombres por el otro.

Está también el ejemplo, tan contundente, de la homosexualidad femenina en la que el rechazo de la relación con el goce fálico es llevado a su extremo, en el sentido de que para esas mujeres, el hombre no tiene lugar; sin embargo está presente bajo la forma de exclusión ya que la referencia al tercero masculino nunca está ausente del fantasma sexual.

En la homosexualidad femenina, lo que está en juego, es la afirmación de que el goce femenino es asunto de mujeres. Es ahí donde, quizá, habría que hacer una distinción con la perversión femenina. Es complejo.

Si se toma, por ejemplo, el caso de la homosexualidad en Freud, la mujer es una creación, una forma de sublimación. La pareja que forma la joven homosexual con la mujer de sus pensamientos, consiste en cierta manera en crear, en producir, en poner en acto esa figura de la Mujer.

Habría pensado en esa escena que pueden leer en el comienzo de "En busca del tiempo perdido" donde el narrador observa una escena homosexual entre la Srta. Vinteuil y su amiga. Una escena muy ritualizada en la que se trata de amarse en presencia, si se puede decir, de la efigie del padre que por lo demás está muerto, de la fotografía del padre muerto, Vinteuil el compositor. El juego consiste en ridiculizarlo, insultarlo y escupir sobre la fotografía, lo que muestra claramente la presencia-ausencia del tercero masculino. Lo que Proust, por otro lado, en la continuación de "En busca del tiempo perdido" indica, es que la Srta. Vinteuil y su amiga se consagraron las dos a dar a conocer la obra desconocida, ignorada, no publicada, no ejecutada del compositor Vinteuil.

Hay pues, a la vez, esa afirmación de lo femenino en el modo de la exclusión del falicismo y una valorización de esa figura fálica.

STOCCHOLM
C. E. M. O. E.

(3)

S/F

139 S/F

(3)

Quisiera también evocar, para terminar, otra figura que yo llamaría la de la bella indiferencia. Es un modo, la indiferencia de la histérica, que consiste en prestarse al deseo de todo virilente masculino permaneciendo al mismo tiempo intocable: "seguir siendo pura en el exceso".

Ahí, me refería a un caso que, por lo demás, converge con una estructura en práctica en una obra de Marguerite Duras: India Song. Evocaría una paciente que tenía esta posición cuando se prestaba, permaneciendo intacta, al deseo masculino. Era además identificada con el horror de los campos de concentración, para nada por su historia, no era en absoluto de familia judía, tenía esa referencia que se puede calificar en su caso de fantasmática al horror de los campos. Como si representara ahí un goce al cual tenía el sentimiento de estar íntimamente ligada, un goce que, por lo demás, le venía de su madre. En su idea, su madre también tenía una relación íntima con ese horror y la madre de su madre, su abuela, también; había una suerte de filiación femenina de la referencia a ese tipo de horror. El hombre de dicho horror, las pequeñas historias ligadas al goce fálico le parecían absolutamente irrisorias. El deseo masculino era nulo en relación a ese horror que anulaba todo el resto.

Tienen ustedes una estructura parecida a la que acabo de evocar en el libro de Marguerite Duras. Anne-Marie Stretter es ofrecida al primero que llega por su marido. Se acuesta con todo el mundo o con quien quiere. "El la entregará a quien la quiere" según la fórmula de Marguerite Duras. Hay ahí algo de la relación con todos los hombres. Es la mujer quien gozaría de todos los hombres. Figura a la que también corresponde la prostituta que lleva una carga fantasmática por lo que a través de ella, se perfila el "todos los hombres" que la refiere, que la constituye como toda, como toda-mujer. Hay una excepción a ese "todos los hombres", es el Vicecónsul con el cual Anne-Marie Stretter no tendrá relación amorosa. El texto de Marguerite Duras indica que es sobre la base de una identidad. Son los Mismos. No pueden tener relaciones sexuales porque son los mismos, y son los mismos en el sentido de que los dos tienen una relación con el otro horror, el del hambre, la enfermedad. El horror de las Indias. El Vicecónsul fue exilado a Calcuta por una suerte de pasaje al acto que cometió. Disparó sobre los leprosos, que representan el horror, ese punto de horror que es al mismo tiempo un punto de goce. Es en la medida en que están los dos ligados, que participan de ese horror indio, que se amparan. Los dos dicen no al goce fálico; ocupan ese lugar del padre muerto, lugar de ese goce imposible al mismo tiempo.

Se puede decir que en relación a la función fálica la histérica se identifica con el límite de esa función, en ese punto donde se dice no a la función fálica. Con eso mismo participa a pleno, está en el lugar donde esa función se constituye, donde se funda el: "todos los hombres tienen relación con la función fálica". La histérica se sitúa en un lugar particular pero sin embargo, a nivel de las fórmulas de la sexuación, está del lado hombre.

El lado mujer, es el lado del "no-todo". Es definido por Lacan con dos fórmulas:

-Las mujeres no están todas sometidas a la función fálica: lo que quiere decir que a la vez tienen relación con la función fálica, pero "no-todas" enteras justamente.

-No hay una que diga no a la función fálica.

Es un espacio que no está cerrado, no totalizable, no limitado.

La relación al falo, del lado mujer, está del lado justamente de ese ilimitado, de aquello que no hace totalidad.

Se puede decir que en la cura de la histérica, el eje es esa cuestión del todo. Ese todo, se trata de barrarlo. En cierto modo barrar ese todo, pasa por la renuncia -no se si es el término adecuado. La histérica se sitúa en ese lugar de la excepción, es lo mismo que renunciar a esa figura de la Mujer como toda Mujer. A partir del momento en que la excepción es hegada, ya que se trata de eso en las fórmulas, lado mujer, de la sexuación, la totalidad también se halla negada al mismo tiempo.

Es decir que en consecuencia es colocado un no-todo del lado falo. Es ahí donde se alcanza ese asunto de la renuncia a la feminidad.

En el trabajo de la cura en la histeria -y después de todo se puede decir que vale para toda cura, para toda estructura- hay una renuncia a La Mujer como figura del goce absoluto. Y eso para los dos sexos, además.